

Esther Queiruga

EL VIAJE ANCESTRAL



Proyecto

Obras

Memoria técnica

Se trata de 6 obras de 1x1 m en acrílico sobre lienzo más una obra textil de un tejido de 90 x 1,20 cm aproximadamente dimensión. con barral para colgar.



Remolino de la memoria: danza del agua y oro

Esta primer obra del proyecto toma como eje el espiral, un símbolo ancestral presente en diferentes culturas antiguas del mundo. Tallado en piedra, este símbolo ha trascendido el tiempo como representación del viaje eterno: la vida, la muerte y el renacimiento. En la tradición celta, el espiral es una señal del camino de las almas en sus distintos estadios y del flujo constante entre lo visible y lo invisible.

Al trabajar esta forma, siento que me conecto con ese mismo movimiento ancestral, como si el pincel siguiera un recorrido grabado mucho antes que yo. En el remolino, cada giro es un retorno al origen. El agua representa el viaje y la transformación; el dorado, la luz de lo sagrado, aquello que permanece.

Para mí, esta obra es un mapa antiguo hecho de agua y memoria. Es una danza entre lo que fluye y lo que queda, un símbolo del tiempo como ciclo, como viaje continuo que nos atraviesa. Así como el árbol me conectó con la tierra y las raíces, este remolino es el movimiento del recuerdo, el viaje interior hacia ese centro que todos compartimos.





El árbol de la vida

Esta obra es el corazón de mi proyecto y tiene como eje el Árbol de la Vida celta, que está relacionado a mi linaje y es un símbolo ancestral que conecta el cielo, la tierra y el inframundo. Representa la unión de todas las formas de existencia. Para mí, este árbol es un puente sagrado que nos une con el universo y un recordatorio de nuestras raíces profundas y eternas.

Quise trabajar este símbolo porque nací en Galicia, tierra de tradiciones celtas, y siento que en sus ramas y raíces habita la historia de mis ancestros. Cada línea que trazo evoca el viaje de quienes vinieron antes que yo, la fuerza que heredé y la sabiduría que se transmitió a través del tiempo. La copa del árbol se abre hacia el cielo como símbolo de expansión y conexión con lo divino.

Esta obra invita a reflexionar sobre el ciclo de la vida: el nacimiento, el crecimiento, la muerte y el renacimiento, siguiendo la idea celta de que todo lo que termina vuelve a comenzar. Para mí, es un homenaje a la memoria ancestral y una invitación a que cada persona que contemple el árbol reconozca su propio origen y su vínculo con la tierra y el tiempo.





Custodia del tiempo

El reloj antiguo aparece como símbolo del tiempo que fluye y, al mismo tiempo, nos sostiene. No es solo una medida, es memoria, destino y ciclo eterno. En él se entrelazan lo efímero y lo sagrado, el instante que pasa y lo que permanece más allá de nosotros.

Al trabajar esta obra, siento que el tiempo deja de ser una línea y se convierte en un pulso, un eco que conecta a quienes estuvieron antes con quienes vendrán. Las manos no buscan controlar, sino custodiar ese misterio: la certeza de que el tiempo no nos pertenece, pero nos atraviesa y nos guía.

Para mí, “Custodia del Tiempo” es una reflexión sobre el oro secreto que cada instante guarda. Una invitación a reconocer en el paso del tiempo no solo lo que se escapa, sino también lo que nos conecta con el origen y con la memoria ancestral.





Madre Tierra

Madre Tierra surge como figura sabia y luminosa, guardiana de los elementos y portadora de la creación. De un mar agitado emerge sosteniendo una esfera de luz, símbolo del equilibrio entre el caos y el orden, del nacimiento que brota incluso en medio de la tormenta.

En ella resuenan los ciclos de la vida y la fuerza del linaje femenino: la fertilidad, la sabiduría transmitida, el poder creador que nutre y sostiene. Es madre de los elementos y espejo de la unidad con la naturaleza.

Para mí, esta obra es un canto a la vida en todas sus formas. Un reconocimiento de la luz de la creación que habita en lo femenino y que, como una raíz profunda, conecta cuerpo, memoria y origen. “Madre Tierra” es presencia, fertilidad y poder ancestral que nos recuerda que somos parte de un ciclo mayor, sagrado y eterno.





Padre sol: Guardian del amanecer

En “Guardián del amanecer”, el sol se alza como figura central y poderosa: el Padre Sol. No es solo un astro, sino un símbolo de protección, guía y continuidad. Su luz recorre el ciclo eterno del amanecer y el atardecer, recordándonos que, pese a los desafíos y las sombras, siempre llega un nuevo día, una nueva oportunidad.

Monumental y radiante, el sol encarna la fuerza vital que nos protege y acompaña. Su energía es la promesa de un mañana, un hilo luminoso que une pasado, presente y futuro. La obra invita a una reverencia silenciosa por el linaje ancestral, a sentir gratitud por quienes nos precedieron, y a contemplar nuestro propio viaje, la herencia que nos atraviesa y la luz que nos guía.





La primera luz

Esta obra habla del umbral: ese instante en el que algo está por comenzar. La figura avanza hacia una luz que no señala un final, sino un origen posible. No hay certeza, solo la intuición de un llamado.

El portal representa el tránsito hacia lo desconocido, el pasaje entre un estado y otro. Cruzarlo es un acto de entrega y de escucha, una decisión de avanzar aun sin saber qué hay del otro lado.

La luz primera es la chispa inicial del viaje, la luz que antecede a toda forma. En el contexto de esta serie, sugiere que todo viaje es circular y que cada cruce es, en realidad, una nueva entrada al origen.





Manto de vida

Llevo sobre mis hombros un manto de vida que pone tierra bajo mis pies, que me protege, que me sonríe, que me guía.

Es un chal tejido por mis ancestros, la aguja la enhebró la mas anciana de todas ellas.

Por cada hilo hay una historia, por cada lana una memoria.

Como una trama invisible que sostiene el viaje. Un viaje que no empieza ni termina en un lugar, sino que atraviesa tiempos, cuerpos y memorias. Cada detalle que une habla de las conexiones que nos preceden: los vínculos ancestrales, las raíces que cruzaron el océano y las huellas que continúan más allá de esta vida.

El tejido también simboliza la continuidad: aquello que permanece mientras todo cambia. Es el mapa sin fin de una memoria antigua que se manifiesta a través de las manos, donde el gesto de tejer se vuelve un acto de conexión con el origen.

En su entramado late la certeza de que nada está separado: los hilos son los de un mismo viaje, sosteniendo y siendo sostenidos, en un tejido infinito de existencia.



BIO

Esther Queiruga Rodríguez nació en La Coruña, España, y llegó a la Argentina siendo muy pequeña. Su recorrido de vida, atravesado por este desplazamiento de su territorio, se vuelve una referencia intrínseca dentro de su práctica artística.

Comenzó su formación en pintura a comienzos de los años 2000, desarrollando una técnica vinculada al hiperrealismo.

Se formó en talleres de distintos maestros, y expuso en salones en Argentina, exposiciones colectivas y también en el exterior.

Con el tiempo, ese interés por la observación y el detalle dio lugar a una búsqueda más personal, donde la obra se abre hacia un lenguaje simbólico.

Su producción recorre distintos imaginarios —máscaras, figuras y escenas oníricas— en los que conviven lo real y lo fantástico. A través de ellos, explora la identidad como un territorio en transformación, atravesado por el tiempo, la memoria y huellas que exceden su pasaje por este tiempo.

En sus trabajos más recientes, estos elementos se organizan en torno a la idea de viaje, entendido como un tránsito que no se limita a una sola vida, sino que se expande hacia dimensiones más profundas de la experiencia.

Actualmente, se encuentra en un proceso de consolidación de este universo, donde la pintura funciona como un espacio de exploración, conexión y sentido.

CONTACTO



 [estherqueiruga.arte](https://www.instagram.com/estherqueiruga.arte)

 qresther@gmail.com

